

## EL MUNDO DEL LIBRO

---

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

AFUERA. LAS ESTRELLAS.  
Por Matilde Espinosa de Pérez.  
Editorial GUADALUPE—Bogotá, D. E.

Para ser honrados con nosotros mismos, nos ha dejado desconcertados este libro de poemas. Una perplejidad nacida de nuestro escepticismo en ma-

teria de producción literaria femenina. Porque, si partimos del minuto en que Laura Victoria irrumpió en nuestro medio pacato y un poco bobalicón, con sus dos libros "Llamas Azules" y "Cráter Sellado", la poesía femenina derivó y perdónesenos el adverbio, furiosamente, hacia los temas sexuales, lo puramente epidérmico, sin honduras y trascendencia. Vino después una saludable cura de silencio y ahora nuestra mujer que canta procura penetrar zonas de enigmas, aquellas avenidas de niebla, por las cuales solo se aventuraba el hombre con su infinita soledad y su ceniza.

Esta obra de Matilde Espinosa de Pérez, viene, pues, a demostrarnos de cuánto es capaz la mujer, cuando, pasado el puro minuto amoroso, con sus calofríos, sus melancolías y sus ternuras, quiere indagar el fondo de las cosas, el dolor de las gentes que sufren, la poesía de los desheredados, de los niños sin juguetes, sin estrella, sin infancia. El negro pan de la miseria. Los líquenes que tiemblan en el fondo del agua. El silencio voraz de la naturaleza. La queja de las raíces aventadas. El cieno de muchos seres, la prolija tragedia de habitar un mundo con comarcas donde los sueños se convierten en espejo de humo, en grotescos garabatos que se levantan en los hontanares de la bruma. Poesía templada al fuego la de esta gran mujer colombiana. Sin arribar a ciertas zonas desnaturalizadas, donde algunos discípulos de Sartre, como niños sucios, enumeran podredumbres y cieno como si fueran monedas de fina ley.

Recia la voz bañada de ternura cósmica la de esta escritora. Es claro que no todos los poemas tienen la misma sostenida altura. Algunos caen en la nada de las palabras que se juntan, pero sin lograr la verdadera medida poética, aquella alucinación que produce a los sentidos el contacto con temas y cosas que transportan a regiones situadas en la pradera de lo que se convierte en espuma, en diluída música. Poesía puramente formal, al lado de poemas admirables, meditados, henchidos de misterio, de emoción, con desgarraduras y crujir de huesos. Poesía que esta escritora ha logrado superando manidos conceptos y también ciertas posturas iconoclastas que abisman de tanta ignorancia literaria acumulada.

Matilde Espinosa de Pérez siente el dolor de quienes nada tienen, apenas la claridad que cae como un vaso roto en sus manos. Pero sueña con la mañana mejor de los pobres, de aquellos a quienes Cristo sentará a su mesa en la fiesta celestial. Y sabe también, con medida y gracia, hundir la poma del amor, en la tierra cálida, en el arroyo brillante, en el viento que pasa, en la estrella de raíces prendidas en lo fosco del cielo. Este libro es una de las obras más importantes en poesía que se han publicado en Colombia en este tiempo tan menguado para la obra perdurable. Leamos estos poemas y embelesémonos con su luz y su música interior:

#### EL RECLUSO

*Todo le era extraño:  
el pan, el agua, el aire,  
y solo recordaba las cuatro de la tarde,  
un grito y un fusil.*

*Entre un día y otro día  
gastábasele el traje  
lo mismo que su nombre.  
Olvidaba su oficio,  
olvidaba las cosas primordiales:  
la voz de la mujer,  
la edad de cada hijo,  
el rostro del amigo  
y el más próximo encuentro.*

*(El tiempo colgado en la pared,  
atraía sus ojos con insistencia rara  
y arrancaba las fechas  
con dolor y con rabia).*

*En el terco camastro  
su cuerpo era baldío;  
solamente los pies  
pesaban sobre el alma  
como caminos rotos.*

*Siempre fue la mañana  
un borrón de la noche  
deslucida y cansada.*

*Buscando un punto blanco  
la mirada recobraba su aldea,  
alguna nube errante,  
o la espuma corriendo por el río...*

*Cada instante puliendo la agonía  
levantaba su pecho en vano escalofrío.  
Nadie sabrá jamás cómo el recluso  
añora su existencia  
y un retazo de azul.*

*No es temor a la muerte.  
Es oír que la hora  
no llega todavía;  
es saber que las palabras  
son temores y rejas.  
Es creer que una llave  
le puede abrir la puerta!*

#### HISTORIA FUGAZ

*Yo no se cuántos años  
cayeron en su sien.  
Su cabellera ondeaba  
cual una nube blanca.*

*Las manos, como ramas  
que flotan en el agua.  
Ella decía: "mi amor".  
En su cuarto,  
el espejo, tenaz como un secreto,  
le hablaba de otro tiempo.  
Su voz  
se había fugado por un camino roto,  
la Voz que persiguiera  
los dedos de los niños  
detrás de los zapatos  
de lana, seda o cuero.*

*De la sombra y los ecos,  
ella hilaba los sueños,  
descendiendo al abismo  
de rojas espirales.*

*Brizna rota y sola,  
punto sobre la lluvia.  
Ella decía "mi amor",  
y el viento arrebatava  
su cabellera como una nube blanca.*

*Sus manos eran ramas  
flotando sobre el agua,  
y el espejo,  
tenaz como un secreto,  
le hablaba de otro tiempo!*

En este último poema existe una reminiscencia de un poema de Alberto Angel Montoya sobre esta ceniza del tiempo que nos indica la hora del crepúsculo. Pero qué belleza en estos poemas y qué calidad la de este libro que recomendamos a nuestros lectores.

DAMASO ZAPATA O  
LA REFORMA EDUCACIONISTA EN COLOMBIA.  
Por Ramón Zapata.

De una parte de la inteligencia colombiana viene ahora dándose una voz de alerta para que el país se

preocupe, antes que de otros programas, de los problemas educativos. En síntesis, si carecemos de educación, todo lo que se prospecte para el futuro se moverá sobre un terreno cenagoso, casi inútil. De ahí la importancia de este estudio de la personalidad de don Dámaso Zapata, uno de los guiones de nuestra incipiente educación. Decimos incipiente, porque apenas ahora estamos dando los primeros pasos para vertebrar un sistema educativo auténtico y que cubra todas las clases sociales de la República. Pero conviene destacar en el horizonte, no solamente los valores de una cultura como producto de estudios, meditaciones, deducciones inteligentes, cuanto la personalidad de quienes han de contribuir necesariamente a la adecuada formación de la juventud colombiana. Precisamente la educación no puede ser un fin en sí misma, si se carece de quienes encarnen lo que es puramente su doctrina. Porque, aunque otra cosa piensen algunas gentes de relumbrón, existe una doctrina educativa que se confunde con la conducta misma del hombre. Las teorías deben encarnar en educadores honestos, en verdaderos maestros, en forjadores de voluntades.

Viene esta digresión a la pluma, precisamente al leer este sensato trabajo en torno de una recia personalidad educativa, don Dámaso Zapata, quien, encarna este prototipo de varones superiores, que todo lo dieron para lograr un avance auténtico en la obra de formar generaciones cultas y alfabetas en nuestra Nación. Nadie puede negarle a este educador sus méritos extraordinarios, su condición de adoctrinador en el mejor sentido del vocablo. Con pie andariego, recorrió muchas partes abruptas del territorio patrio, llevando la luz de la educación a gentes humildes que vivían en páramos en lejanas cordilleras, en poblachos desmedrados. No era un teórico de la pedagogía, ni hacía con esta gárgaras demagógicas. Antes que todo tuvo una noción viva de Colombia, de sus problemas educacionales, de la necesidad de llevar el pan del alfabeto a muchedumbres ingentes, sumidas en la ignorancia. Jamás pesó en sus determinaciones el lucro personal, el atesoramiento como sistema de servicio, la mentira de una enseñanza que todo lo basa en la alegre irresponsabilidad y la bolsa gruca de maravedises. Era un maestro, un suscitador de inquietudes y esperanzas.

De esta obra gallarda, emerge la silueta de Dámaso Zapata en toda su fuerza integral. Guión moral, asentada de la vida, apóstol generoso que regó la semilla a manos llenas.

Sirva su lección elocuente, como ejemplo a seguir, ahora que tenemos adelantos pedagógicos importantes, pero que anda tan descaecido el principio de autoridad en las aulas y tan rotas las comunicaciones humanas entre el maestro y el discípulo, dos palabras que parece que ya carecen de vigencia en nuestra enseñanza.

**FLOR DE CORRALITOS DE PIEDRA.**

Por Daniel Lemaitre.

Un vago perfume de cosas muertas y olvidadas flota de este libro. Su autor, Eduardo Lemaitre, ha querido salvar del tiempo, menudas escenas de otros temporales humanos, cuando todas las cosas y los seres poseían un leve encanto de quietud, de sabiduría. Porque inventariar torres desportilladas, rincones en sombra, memorias perdidas en el ayer, tiene naturalmente algo de melancolía, de pasos perdidos en lo que un día tuvo vigencia, vibró, tuvo también destellos e iluminaciones. Es claro que son dagertrotipos amarillentos, pálidas flores perdidas en un devocionario, ruinas, en fin. Pero, en definitiva, ¿qué es la vida y la humanidad? Un presente atareado, un júbilo de hoy, para irse serenando mañana y caer definitivamente en la clepsidra de la noche.

Por eso mismo esta Flor de Corralitos de Piedra, congojosa y penitente, exhala un tibio recuerdo de Cartagena, la Heroica, cuando la vida bostezaba y todo era insignificante, ilusión de payaso en la arena, humorismo que corroe, como en los sonetos del inolvidable Luis Carlos López.

A muchos les parecerá inútil este libro de esencias del ayer. Porque ahora se tiene un sentido urgente de lo cotidiano, una necesidad diaria de vivir, de agarrar con los sentidos el mundo que fluye. Pero, como decíamos, todo este afán de hoy, será negra madera de ataúd mañana. Sonrisas descoloridas. Novias muertas en el recuerdo. Emociones olvidadas. Melancolía del ayer. Y es preciso que existan estos Notarios de una época dulce, nostálgica y tierna, para que al menos tengamos un punto de referencia con un mundo colombiano que pertenece definitivamente a lo muerto, al musgo que flota sobre las grandes soledades. Pero qué preciosa ternura de tipos, de ambiente, de dolor, amor, miseria, el que nos trae Lemaitre en este libro donde florece el romance, la crónica ágil, la sutil maceración de seres, modos y modas, alegrías y dolores del mundo que se fue, dejándonos una aceda tristeza.

Flor de Corralitos de Piedra, es un breve tesoro artístico que no vacilamos en considerar como una obra tierna y digna de lectura casi suspirante.

---

**ARRIEROS Y FUNDADORES**

Por Eduardo Santa.

Editorial COSMOS—Bogotá, D. E.

Ampliamente conocido es de nuestros medios intelectuales el escritor colombiano Eduardo Santa. Desde su iniciación con su obra La Provincia Perdida, el lector se fue dando cuenta que en Santa confluían calidades de pensador y sociólogo auténtico. Pero no ha sido la suya una aventura más del pensamiento por los caminos del afán puramente especulativo, sino que ha detenido su curiosidad en los temas de su Patria, por humildes y anónimos que parezcan. Ha querido partir de lo cotidiano nacional, hacia ámbitos de cultura universal. Lo que debieran hacer muchos buhoneros de culturas europeas que poco o nada necesitan de nuestro aporte para su esclarecimiento.

Santa ha querido hallar ciertas esencias y constantes de nuestra nacionalidad y lo ha logrado. Siempre que escribe parece hundirse en la mina de nuestros problemas, en hechos, significaciones, presencias, recuerdos, sitios, que conforman y fijan nuestra Patria. Definitivamente lo colombiano punza a toda hora su meditación. Por tanto, el suyo es un mensaje honesto, ya que recoge en sus temas esa especie de aire nacional que nos fija la fisonomía espiritual. Aquella tarea nobilísima que un día se propuso en Francia Mauricio Barrés, quien, en su estilo de esencias tan puras, nos dejó la visión de los muertos, la sangre y la tierra como norma a seguir.

Arrieros y Fundadores explica y aclara el ámbito de la colonización realizada por hombrunas migraciones antioqueñas en diferentes lugares de la República. Gentes sencillas y rudas que un día fundaron pueblos, descuajaron montañas, abrieron caminos, treparon a montañas inaccesibles, siempre con el afán de poblar, de enriquecer la peripecia humana. Arrieros broncos, mineros silenciosos, hazañosos aventureros, toda una humanidad crepitante, que resolvió convertir el mito en realidad, dejando un testimonio elocuente de un esfuerzo, una locura un poco misionera como lo fue también la de los españoles que hicieron la Conquista.

Estas son fuentes-madres de la Historia colombiana. Por eso mismo rescatarlas del olvido como lo hace en este libro Eduardo Santa, es una tarea casi pedagógica. Porque instruye y orienta. Fija los mojones del ayer para salir a la búsqueda del futuro incierto y, de paso, nos deja cierto aire de melancolía, de lo que fuimos en un tiempo hazañoso, cuando la vida enarbolaba ideales y esperanzas.

Rescatar el folclor patrio. Contarle a las nuevas generaciones, tan desorbitadas desgraciadamente, hechos que parecen míticos, honrar a los anónimos pobladores, de cruz, rosario, hacha y bronca interjección, es obra meritísima y que Santa ha cumplido en este libro con la madurez de concepto y el noble equilibrio de la prosa que son también signos de su madurez intelectual.

Arrieros y Fundadores es casi una novela, pero carece de la carga energética de la ficción. Leer este libro es sentirnos más libres, más hondamente colombianos.

---

DE LA PSEUDO-ARISTOCRACIA A LA AUTENTICIDAD.  
PSICOLOGIA SOCIAL COLOMBIANA.  
Por JOSE GUTIERREZ. MEXICO 1961.

He aquí un libro valiente y útil. Y además que desborda los límites de lo cotidiano entre nosotros. Porque no se trata de un vago bosquejo lírico o una especie de manual de farmacotea para uso de los más hábiles o insidiosos. Esta obra tiene mucho de cirugía. Su autor, apartándose de conceptos manidos, del cajón de las frases hechas o resabidas, se lanza resueltamente a diagnosticar sobre el mismo cuerpo de la sociedad, la nuestra, dejando de lado el empirismo que nunca ha podido desembocar en nuestra auténtica realidad nacional.

Gutiérrez defiende la necesidad de una cultura propia, de que algún día nos valgamos por nuestros propios medios. Y entra a demostrar cómo las sociedades más refinadas, aquellas en las cuales se ha producido un fenómeno selectivo de madurez, en vez de lograr un mundo feliz lo han convertido en un conglomerado de angustia, en una sociedad sin rumbo y carente de soportes éticos para lograr el precario lote de felicidad que puede corresponderle.

Con penetrante análisis desnuda muchos de los sentimientos del colombiano medio, el cual acostumbra a errar cuando se trata de valorar a las personalidades que manejan en sus manos las palancas superiores en todos los campos, tanto en política, como en cultura y en la vida meramente social. Cuántos de estos figurones no serían sino viruta, si los analizáramos con inteligencia fría y objetiva. Claro está que su estudio psicológico de nuestra sociedad por lo que respecta a ciertos factores étnicos de los que integran nuestra posible raza, es exagerado. No podemos comportarnos como pueblos de gran cultura, porque estamos aun en cierto período gaseoso que no puede dar, por tanto, su cabal expresión.

Indios, mulatos, mestizos, negros, criollos actúan como un precipitado social sin líneas, ni propósitos directrices. Sin las luces de una cultura, ya que esta es apenas en nuestra sociedad un pálido reflejo de manifestaciones europeas o norteamericanas del convivir humano. Pero no se puede desesperar cuando echamos una mirada a los pueblos más refinados del orbe y asistimos a sus desfallecimientos, sus crueldades, su decadencia, su negación del auténtico cristianismo.

Pero esta obra de Gutiérrez es valerosa porque descubre el secreto de nuestras frustraciones, la mentira de una serie de conceptos estereotipados pero ante los cuales nos postramos como ante lejanos fetiches. Quiere, con razón, que los colombianos le demos un contenido a la vida, una misión para cumplir. Precisamente por la falta de estos incentivos, somos erráticos, frustrados, sin amor a la vida como hazaña y esperanza. Nos embarcamos en toda clase de fáciles aventuras y nos sentimos como si en realidad estuviéramos vacíos, sonámbulos. Nos falta el aliciente de grandes y soñadas empresas, de nobles estímulos. Y así se está dispuesto a todo, inclusive al crimen.

Crear una Patria nueva, alegre, cordial. Ser capaces como pueblo de hermosas tareas, con nobles ideales propone Gutiérrez a la juventud colombiana. Ojalá su voz no se pierda en oquedades sin fondo. Que su libro amargo, veraz, excesivo aun, nos trace rutas nuevas para el porvenir. Porque marchamos ciegos por un túnel minado y rotas muchas fuerzas espirituales que construyeron la Colombia de ayer.

---

CAUCANIA.

Por Raúl Silva Holguín.

Cali—Colombia.

Ningún interés ofrece esta novela escrita con una abundante dosis de cursilería. Este mamotreto, que lo único bello que tiene es la carátula de una mujer de líneas puras, es apenas un remedo de las obras del escritor colombiano Arturo Suárez. Un conceitualismo llorón y sin vigor. Escenas de una pobreza lamentable. Verda-

dero melodrama sin trascendencia. Porque el autor se dejó llevar por cierto afán de puerilidad retórica que ha producido como fruto esta novela de un romanticismo huero, de aquellos que empapaban en lágrimas a las costureras sentimentales de otros tiempos. Pero ni riqueza idiomática, ni pinceladas afortunadas, ni clima espiritual. Es una obra de pobrísima calidad literaria. Y definitivamente pasada de moda como la crinolina o el cubilete. Porque esta clase de sentimientos no tienen raíz alguna en la realidad del corazón humano.

Claro está que al ser transmitida por radio hará las delicias de ciertas gentes sencillas, que se conmueven también con la Montañera, de Suárez, y otros libretos desvaídos e infinitamente pobres en técnica literaria.

Caucania, pues, es una novela de esas que pasarán rápidamente al olvido. Porque lo que carece de fuerza humana, de pasión auténtica o siquiera de brillo estético, no puede perdurar. Y aquí el estilo literario ofrece esa yerta curiosidad de museo que a nadie interesa.

Esperamos que el autor, en el futuro, encuentre mejores caminos literarios para su ambición o que desvíe su atención hacia otros asuntos, dentro de una sana actividad ciudadana.

---

GREGORIO MARAÑÓN, SU VIDA Y SU OBRA.

Por Luis S. Granjel.

En torno de la figura de Gregorio Marañón han visto la luz pública numerosos tra-

bajos que tienden a esclarecer aspectos de una existencia proteiforme, tan cargada de significaciones intelectuales. Ahora aparece este nuevo libro del escritor Granjel, dividido en tres partes así: "El Hombre", "La Obra Médica" y "La Obra Literaria". Para ser justos este libro nos ha desilusionado completamente. Su autor quiso penetrar en todos los terrenos de la actividad de Marañón, sin conseguir a la postre sino un desmayado y desmembrado ensayo. Posiblemente no abarque con suficiente autoridad literaria todos los frentes del gran Maestro y esto hace que el libro pierda hondura, calidad y no merezca conservarse como verdadera bibliografía para estudiar al gran hombre de letras y humanista que fuera Gregorio Marañón.

En estos tiempos en los cuales ha crecido tanto el conocimiento humano, es verdaderamente difícil querer abarcar todos los ángulos intelectuales. Se corre el riesgo, como en el caso de este libro, de darnos un panorama superficial, sin importancia alguna para ilustrarnos en torno de un tema o de un hombre determinado. La demasiada curiosidad literaria, cuando no está acompañada de muy sólidos conocimientos, termina en esta clase de frutos que no logran granar completamente.

Este libro sobre Marañón carece, pues, de trascendencia. Y pensar que el maestro se prestaba para un gran friso dinámico, ya que de su tarea cultural fluyen tantas motivaciones importantes. Pero hizo falta pintor, y abundó el paisaje. Cosas de la urgencia de estos tiempos.